

Cardenal Joseph W. Tobin

Muy buenos días para todos. El modo más fácil de presentarme son las palabras del primer libro de la Biblia, Génesis. "Yo soy José, vuestro hermano". Hermano, como misionero discípulo, hermano como Mateo, un pecador que ha encontrado la misericordia con el Señor, pero de modo particular, hermano con toda la raza de los santos de Newark que están aquí presentes. Y como hermano me da mucho gusto hablar con ustedes sobre "Involucrarse".

Pero me puse aquí porque me siento muy nervioso y no quiero que ustedes vean mis rodillas temblando y por eso siento el deber de ganar su simpatía. Y por eso, voy a contarles del trauma mayor de mi vida. Me siento en familia con ustedes. Tal vez me presten más paciencia una vez que aprendan de mi sufrimiento.

Este trauma me pasó en el país muy lindo de Panamá. ¿Hay unos panameños aquí? ¡Muy bien! En la capital, en la capital donde hay muchas parroquias, una se llama la Parroquia San Gerardo. Estuve allí un sábado por la noche y unos hermanos me invitaron celebrar la Misa. Con mucho gusto la celebré y al final yo estaba en la puerta para saludar a la gente y veía al fin de todos, un matrimonio muy joven: el papá, la madrecita con su criatura, una niña de tal vez de tres o cuatro años en sus brazos y la madre le decía a la niña, "Dale un beso, dale un besito al padrecito". Y yo estaba preparado. Pero la niña me fijaba con ojos así, y gritó, "¡Pero es muy feo!"

Y por eso, hermanos muy queridos, por lo feo que soy, sea de cara, sea de acento, mi vocabulario, por favor, me tengan piedad. Hermanos y hermanas, durante la reunión de esta mañana, vamos a pensar en "involucrarse". Por supuesto, eso parece como predicar al coro. ¡Ustedes están involucrados - hasta la coronilla! Han dedicado mucho tiempo en los últimos años a la preparación del V Encuentro, ¿verdad? Solo el Señor sabe cuántas horas, cuántas responsabilidades ustedes llevan en sus parroquias, diócesis, escuelas, colegios, movimientos y más allá. Por los muchos compromisos que ustedes llevan, apuesto que a veces se sienten como un malabarista, que lucha por mantener seis o siete naranjas en el aire y deben lidiar con alguien o algunos que les están pidiendo una cerilla.

Hablando con ustedes, no creo que la pregunta sea si deben o no estar comprometidos con la misión de Jesucristo en su Iglesia. La pregunta no es "si", sino "¿dónde?" Hay tantas necesidades, tantas heridas, tantas voces clamando, o ya silenciadas por la resignación, incluso la desesperación.

Les voy a contar un pequeño secreto de los sacerdotes y obispos: a menudo se puede adivinar cuáles son los pecados de un predicador por lo que predica. He pasado un poco más de un año y medio como Arzobispo de una Iglesia local que cuenta con alrededor de 1,500,000 católicos que viven codo a codo en solo 4 condados. Cada domingo celebramos la Eucaristía en más de veinte idiomas. Nuestros fieles incluyen algunas de las personas más ricas y pobres de este país.

Y después de visitar a los 27 decanatos que componen la Arquidiócesis de Newark, y escuchar a cientos, tal vez miles de personas, la pregunta sigue siendo: "¿Dónde empezamos?" Ésta no es una pregunta que cualquiera de nosotros puede responder por nuestra cuenta, pero eso, ustedes ya lo saben.

El pasaje del Evangelio de Lucas cuenta de los dos discípulos en su camino a sus casas en un pueblito llamado Emaús, Jesús nos enseña la importancia de hacer preguntas como un paso esencial en el proceso de evangelizar y entonces la metodología de este V Encuentro nos llama encontrar a otros y escucharlos primero, particularmente a las personas que están pasando por momentos muy difíciles.

El encuentro tiene que iniciarse preguntando sobre sus vidas, sus preocupaciones, sus esperanzas, sus ideas, sus necesidades, sus sueños. Significa escuchar profundamente y crear un espacio de confianza y

seguridad. Y después, ¿qué? Los Hechos de los Apóstoles, el libro inspirado que nos presenta la historia de la Iglesia primitiva, podría ser llamado, y con frecuencia es llamado, el Evangelio del Espíritu Santo, por el papel del Espíritu en todas las misiones apostólicas desarrolladas por los Apóstoles, diáconos y los fieles en los primeros días del Cristianismo.

Creo que el libro de los Hechos de los Apóstoles puede enseñarnos mucho sobre nuestra misión hoy en este país y ayudarnos a contestar la pregunta: "¿Dónde empezamos?" Hablemos del doble milagro del Pentecostés. El nacimiento de la Iglesia como se dice en Hechos, nos enseña una importante lección sobre nuestra misión en los Estados Unidos hoy. Estamos llamados a continuar el doble milagro de Pentecostés.

El primer milagro, ustedes bien lo saben, no se puede ignorar la vista espectacular de miles de personas, con nombres difíciles de pronunciar, todos oyendo la Buena Nueva en su propio idioma. La Escritura nos dice que estas personas quedaron "estupefactas y admiradas". El segundo milagro es más sutil y puede ser pasado por alto. Estos grupos no se convierten en crema de avena, es decir, las personas con los nombres difíciles de pronunciar, no están obligados a sacrificar su lengua, costumbres, música, cultura, todo lo que los hace ser ellos, para seguir a Jesús.

Entre esta gente se quedaron partos, medos y elamitas; habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, Dios mío, y Newark, y de las partes de - pero ellos encuentran una fuente de unidad, que va más allá de toda la cultura. Ellos experimentan el Espíritu Santo.

A comienzos de este año, el Papa Francisco describió la experiencia de la unidad en diversidad. Hablando con sacerdotes diocesanos y líderes laicos de la Diócesis de Roma, les instó a buscar "armonía" en las actividades y grupos parroquiales "No el orden," dice el Papa, "el orden es estático - sino la armonía, que es un don del Espíritu". La armonía es un don del Espíritu.

A medida que seguimos leyendo los Hechos de los Apóstoles, nos sentimos encantados por la evidente armonía que es creada por el Espíritu Santo. Ya en el segundo capítulo, la Palabra de Dios presenta el primero de tres pasajes resumidos que esposan, pues románticamente las principales características de la comunidad de Jerusalén.

Escuchemos a la primera, ustedes lo saben bien: "Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones. El temor se apoderaba de todos, pues los apóstoles realizaban muchos prodigios y señales. Los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar".

¡Qué lindo!

Una vez que pasamos estas tres descripciones dichosas, de las primeras comunidades, podemos ver las tensiones que surgieron por el segundo milagro de Pentecostés. Qué interesante que la armonía se rompe por un problema que todos conocemos muy bien. El primer pleito verdadero en la comunidad primitiva fue de los idiomas y sus implicaciones.

¿Se recuerdan cómo empieza el capítulo seis de los Hechos? "Por aquellos días, al multiplicarse los discípulos, hubo quejas de los helenistas contra los hebreos, porque sus viudas eran desatendidas en la asistencia cotidiana. Los Doce convocaron la asamblea de los discípulos y dijeron: 'No parece bien que nosotros abandonemos la Palabra de Dios por servir a las mesas. Por tanto, hermanos, buscad de entre

vosotros a siete hombres, de buena fama, llenos de Espíritu y de sabiduría, y los pondremos al frente de este cargo; mientras que nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la Palabra.'

Pareció bien la propuesta a toda la asamblea y escogieron a Esteban, hombre lleno de fe y de Espíritu Santo, a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Pármenas y a Nicolás, prosélito de Antioquía; Los presentaron a los apóstoles y, habiendo hecho oración, les impusieron las manos."

Imaginen eso, los que hablaban griego y hebreo peleando en esta situación inarmónica, no es difícil ver los desafíos de nuestras comunidades multiculturales, pero la fuente de la verdadera armonía no permitirá a la discordia destruir a la comunidad y levantó servidores, llenos de fe y del Espíritu Santo.

Por la mitad del Libro de Hechos surge la verdadera crisis y amenaza la vida misma de la comunidad. ¿Qué vamos a hacer con los que se convierten del paganismo? Los gentiles. ¿Tienen que aceptar todas las costumbres de Jerusalén, del judaísmo, incluyendo la ley de Moisés en su totalidad y la circuncisión?

El capítulo 15 narra cómo la comunidad abordó la crisis de frente, pero es claro que los líderes no fueron los autores de la solución y al comunicar sus decisiones a las comunidades, los apóstoles se atreven a escribir: "Que hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros, no imponeros más cargas que éstas indispensables..."

La verdad es que la experiencia de Pentecostés convirtió a los apóstoles y a los otros discípulos en nuevas criaturas. Podemos decir que la Iglesia nació plenamente de esto, el tercer misterio glorioso. El crecimiento espectacular del nuevo Pueblo de Dios no puede atribuirse ni a la astucia ni a la elocuencia de los primeros predicadores, sino a la acción del Espíritu Santo.

Ahora, veinte siglos después, preguntamos: ¿Cómo es que tantos judíos y gentiles se volvieron Cristianos cuando allí no había prensa, radio, televisión, internet o tantos recursos de comunicación como los que tenemos hoy? ¿Cómo fue posible? Porque eran dóciles a las incitaciones del Espíritu Santo. La gente no actuó simplemente basándose en criterios humanos. Para enfatizar el liderazgo del Espíritu Santo, el autor de los Hechos de los Apóstoles dramatiza la historia haciendo que el Espíritu Santo hable.

En el capítulo 13: "Mientras estaban celebrando el culto al Señor y ayunando, el Espíritu Santo dijo: 'Sepárenme a Bernabé y a Saulo para el trabajo al cual los he llamado'". Para que nosotros discípulos misioneros cumplamos la misión apostólica que nos ha sido encargada, necesitamos la acción del Espíritu Santo. Necesitamos permanecer abiertos a sus inspiraciones y responder a sus carismas. Hermanos y hermanas, ¿cómo lo hacemos? Haciendo las preguntas correctas. La pregunta correcta sobre el "dónde" de nuestra misión hoy, no es ¿Qué tienes ganas de hacer?

Una pregunta peor: ¿Cuánto dinero tenemos? Y otra pregunta mala: ¿Cuántos somos? La actividad del Espíritu Santo nos enseña a hacer una pregunta esencial. ¿Dónde está abriendo una puerta Dios? Permítanme ilustrar lo que quiero decir citando un pasaje del capítulo 16. Tengo que decir que cuando me despierto en medio de la noche me pongo a pensar en el capítulo 16. Lo conocen bien.

El autor de los Hechos dice: "Atravesaron Frigia y la región de Galacia, pues el Espíritu Santo les había impedido predicar la Palabra en Asia. Estando ya cerca de Misia, intentaron dirigirse a Bitinia, pero no se lo consintió el Espíritu de Jesús. Atravesaron, pues, Misia y bajaron a Tróade. Por la noche Pablo tuvo una visión: Un macedonio estaba de pie suplicándole: 'Pasa a Macedonia y ayúdanos.' En cuanto tuvo la visión, inmediatamente intentamos pasar a Macedonia, persuadidos de que Dios nos había llamado para evangelizarles. Nos embarcamos en Tróade y fuimos derechos a Samotracia, y al día siguiente a

Neápolis. De allí fuimos a Filipos, ciudad importante de esta región de Macedonia y colonia romana. Pasamos algunos días en esta ciudad." Estableciendo la primera comunidad cristiana en Europa.

¡Qué lección maravillosa!

Dos veces el Espíritu Santo impide a Pablo y sus compañeros a seguir sus propios planes. Para nosotros también. Y esto es un consuelo. No todo fracaso es un desastre. Nuestro fracaso puede simplemente ser la obra del Espíritu Santo enseñándonos que tenemos que ir en otra dirección. Cuando Pablo tuvo la visión del macedonio, él sabía dónde tenía que ir. Descubrió dónde Dios estaba abriendo una puerta.

Ahora, ¿qué nos impedirá pasar por aquella puerta una vez que el Espíritu Santo nos la indica? Por más difíciles que sean las circunstancias, la Iglesia no puede elegir su misión, ya que ella existe para proclamar el evangelio a toda criatura y traer a toda la gente la luz de Cristo que brilla visiblemente desde la Iglesia.

Cuando Jesús envió a sus discípulos, él podría parecer que los aconsejaba en contra de la administración y el desarrollo, cuando él enseña, "No os procuréis oro, ni plata, ni calderilla en vuestras fajas; ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; porque el obrero merece su sustento".

Las palabras de Jesús implican claramente que la iniciativa viene primero y los recursos vienen después. Cualquiera que participe en la planificación de la actividad misionera tienen un verdadero reto en estas palabras. Poniéndolo de una manera un poco diferente, tenemos que tener mucho cuidado de no cerrar puertas por la forma en que planeamos: o sea, necesitamos ser guiados por el sentido de dónde Dios está abriendo puertas activamente y poner la iniciativa y la energía allí en la confianza de que de alguna manera esta acción va a generar los recursos que necesitamos.

¿Por qué? "Porque los obreros merecen su sustento". Creo que mientras avanzamos en la identificación de la misión de la comunidad católica en este país hoy, tendremos éxito de reunir los recursos necesarios para sostener esta misión. Este Encuentro es un momento de gracia donde podemos invocar al Espíritu Santo y preguntar: ¿dónde está Dios abriéndonos puertas? Una puerta para su Iglesia hoy y aquí. Si el Espíritu Santo nos ayuda a descubrir la puerta, podemos contar con lo que necesitamos para entrar.

Tendremos que revisar nuestras estructuras y estrategias, preguntándonos si ellas son lo que la misión requiere hoy, por más efectivos que puedan haber sido en el pasado. Tendremos que asegurarnos de que no sólo pensemos y hablemos sobre la Iglesia de una manera introvertida, sino que estemos atentos a la misión y lo que ésta requiere de nosotros, la Iglesia particular, que es parte de la Iglesia universal.

El Concilio Vaticano II y el Papa Francisco nos ayudan a contestar la pregunta, ¿dónde está abriendo Dios una puerta ahora? Uno de los retos más exigentes del Concilio Vaticano II es que leamos los signos de los tiempos y lugares.

Fue un llamado a reflexionar profundamente sobre los eventos que estamos viendo en desarrollo y responder a ellos desde una fe madura. Esto es difícil porque muchos de nosotros estamos acostumbrados a reaccionar a la vida en vez de interactuar con ella. Y pocos de nosotros tenemos lo que llamaríamos una fe realmente madura.

Yo sé que el hijo mayor de la mamá Tobin se hace la pregunta. Probablemente conocemos a las enseñanzas de la Iglesia y tenemos una buena base de devoción auténtica, pero estamos involucrados de una forma pasiva, en vez de activa en el pensamiento crítico sobre nuestra fe. Entonces el Concilio Vaticano II nos anima a leer los signos de los tiempos y lugares a la luz de la fe.

Las primeras líneas de la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo moderno *Gaudium et Spes*, nos dice cómo se parecen y cómo se escuchan estos signos el día de hoy. "Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo." Estos somos nosotros. "Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres y mujeres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a cada hombre, mujer y niño. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia."

En el espíritu del Concilio Vaticano II, el Papa Francisco nos invita a llevar la misión de Cristo a un lugar muy desafiante. Francisco sabe que la Iglesia tiene problemas profundos, pero no ve la respuesta en involucrarse hacia adentro, en un auto examen.

El Cardenal Jaime Ortega, Arzobispo Emérito de la Habana, fue citado en una revista católica cubana, poco después del conclave del 2013, diciendo que horas antes de su elección, el futuro Papa dijo a sus compañeros cardenales que el Vaticano debe apartarse de ser auto referencial y apartarse del narcisismo teológico.

En su lugar, abrazar a los otros: la Iglesia debe enfocar sus energías en las "periferias", que el Cardenal Ortega entendió no solo como referencia geográfica, sino como referencia a aquellos que se sienten o han sido tratados como periféricos: los pobres, los dañados, los incrédulos. La necesidad de que la Iglesia mire hacia afuera ha sido un tema constante para el Papa Francisco, ¿verdad? En numerosas ocasiones ha advertido contra la Iglesia volviéndose hacia adentro. Aquí hay uno de hace un par de años.

Dijo el Papa, "lo que la Iglesia necesita más hoy es la capacidad de curar heridas y de calentar los corazones de los fieles. Necesita cercanía, proximidad. Veo a la Iglesia como un hospital de campaña después de la batalla. Es inútil preguntar a una persona seriamente lesionada si tiene colesterol alto o sobre su nivel del azúcar en la sangre. Tienes que curar sus heridas. Entonces podemos hablar de todo lo demás. Curar las heridas, curar las heridas...Y tienes que empezar desde cero".

Y él advirtió contra perder el sentido de la prioridad a compartir la Buena Nueva. "Uno está enfermo de corazón," dice Francisco, "cuando frente a una Iglesia de una humanidad con tantas heridas, heridas mortales, heridas existenciales, heridas de guerra, que todos sentimos todos los días, vemos a Cristianos comenzando a participar en 'bizantanismos' filosóficos, teológicos y espirituales. Hoy no tenemos derecho a la reflexión bizantina. ¡Debemos salir!"

¿Dónde está el Espíritu Santo abriendo una puerta para nosotros? El Concilio Vaticano II nos dice que leamos los signos de los tiempos y lugares. Papa Francisco nos alienta a buscar en las periferias existenciales de la sociedad y también de la Iglesia. Podemos estar seguros de ello: no encontraremos nuestro "donde", es decir el lugar de la misión, entre las paredes y estructuras de nuestras parroquias, movimientos y sociedades. Tenemos que salir para afuera.

Nunca digo "en conclusión" porque una vez alguien definió la frase "un segundo aliento" lo que pasa cuando un obispo dice "en conclusión". Mejor, me gustaría contarles una historia que tiene sus raíces de hace 25 años cuando yo trabajaba honestamente en la Iglesia.

Fui párroco de una comunidad multicultural en el norte de Chicago. Y estas personas todavía se mantienen en contacto. Me dan los chismes. Me dicen lo que está pasando con las Guadalupanas. Me avisan de quienes han ido a casa con Dios. Y hace unas primaveras recibí un correo electrónico de un

padre de familia joven en la parroquia. Su nombre es Tom y era un monaguillo cuando yo fui el párroco y ahora tiene a su hijo, Sam. En este tiempo Sam tenía siete años y Sam iba a hacer su Primera Comunión. Entonces se fijaba en todo lo que estaba pasando en la iglesia. Un domingo caminando de regreso a la casa, el papá Tom tenía dificultad al entender de qué estaba hablando el que predicó. Imaginen eso. Entonces se volteó a su hijo de siete años en la vereda y le dice, Sam, ¿a quién estaba hablando el padre esta mañana? ¿Estaba hablando a los niños pequeños o estaba hablando a los adultos? Sam lo pensó por un momento. Volteó con una gran sonrisa y dijo, "Yo pienso que estaba hablando a sí mismo".

Y no voy a culpar a ningún sacerdote. Creo que nosotros los obispos, incluyendo este, tenemos el mal hábito de hablarnos a nosotros mismos. Entonces nosotros los obispos también tenemos que hacernos la pregunta. El Papa Francisco nos enseña cómo.

En mi mente no hay duda que Francisco apoya la meta de este V Encuentro. Y así pensaba aún antes de ver ese video tan bonito anoche. Él apoya la meta de contribuir al fortalecimiento de la actividad apostólica del Pueblo de Dios en este país.

Hace varios años en un discurso a los Obispos de Italia, el Papa pidió que, "La sensibilidad eclesial y pastoral se hace concreta también al reforzar el papel indispensable de los laicos dispuestos a asumir las responsabilidades que a ellos competen. En realidad, los laicos que tienen una formación cristiana auténtica, no deberían tener necesidad del obispo-piloto, que siempre dirige al barco, o del monseñor-piloto o de un input clerical para asumir sus propias responsabilidades en todos los niveles, desde lo político a lo social, de lo económico a lo legislativo.

En cambio, todos tienen necesidad del obispo pastor". El Papa está proponiendo un modelo eclesial que concibe de un obispo pastor y un laicado libre y responsable. Obispos no tienen que actuar como un "piloto" y dirigir las elecciones de un laico en las áreas donde está encargado. El laicado no necesita exigir una infinita corriente de apoyo y bendiciones para su actividad apostólica, ni quejarse de la jerarquía, ni enfatizar ciertos temas emotivos cada semana como desafortunadamente todavía pasa.

Sobre todo, los obispos deben evitar hablarse a sí mismos. Así ustedes también. ¿Será que el Papa Francisco estaba pensando en nuestros días reunidos aquí en Grapevine cuando habló a los obispos italianos?

Porque les dijo, "...por ejemplo: se organiza un congreso o un evento que, poniendo en evidencia las conocidas voces, narcotiza a las comunidades, homologando opciones, opiniones y personas. En lugar de dejarnos transportar hacia los horizontes donde nos pide ir el Espíritu Santo". ¡Claro que no! Él no estaba pensando en nosotros. Que las conversaciones de los próximos días nos ayuden a vislumbrar hacia dónde el Espíritu Santo está llamando a la Iglesia en los Estados Unidos; para que vaya.

Que tengamos el coraje de preguntarnos juntos, ¿Dónde está el Espíritu Santo abriéndonos una puerta? El Espíritu Santo nos ayudará a responder y entrar. Amén.